

# ADMONICIONES [Adm]

## Cap. I: Del cuerpo del Señor

<sup>1</sup>Dice el Señor Jesús a sus discípulos: *Yo soy el camino, la verdad y la vida; nadie va al Padre sino por mí.* <sup>2</sup>*Si me conocierais a mí, ciertamente conoceríais también a mi Padre; y desde ahora lo conoceréis y lo habéis visto.* <sup>3</sup>*Le dice Felipe: Señor, muéstranos al Padre y nos basta.* <sup>4</sup>*Le dice Jesús: ¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros y no me habéis conocido? Felipe, el que me ve a mí, ve también a mi Padre (Jn 14,6-9).* <sup>5</sup>El Padre habita en una luz inaccesible (cf. 1 Tím 6,16), y *Dios es espíritu (Jn 4,24)*, y a Dios nadie lo ha visto jamás (Jn 1,18). <sup>6</sup>Por eso no puede ser visto sino en el espíritu, porque *el espíritu es el que vivifica; la carne no aprovecha para nada (Jn 6,64).* <sup>7</sup>Pero ni el Hijo, en lo que es igual al Padre, es visto por nadie de otra manera que el Padre, de otra manera que el Espíritu Santo. <sup>8</sup>De donde todos los que vieron al Señor Jesús según la humanidad, y no vieron y creyeron según el espíritu y la divinidad que él era el verdadero Hijo de Dios, se condenaron. <sup>9</sup>Así también ahora, todos los que ven el sacramento, que se consagra por las palabras del Señor sobre el altar por mano del sacerdote en forma de pan y vino, y no ven y creen, según el espíritu y la divinidad, que sea verdaderamente el santísimo cuerpo y sangre de nuestro Señor Jesucristo, se condenan, <sup>10</sup>como lo atestigua el mismo Altísimo, que dice: *Esto es mi cuerpo y mi sangre del nuevo testamento, [que será derramada por muchos]* (cf. Mc 14,22.24); <sup>11</sup>y: *Quien come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna* (cf. Jn 6,55). <sup>12</sup>De donde el espíritu del Señor, que habita en sus fieles, es el que recibe el santísimo cuerpo y sangre del Señor. <sup>13</sup>Todos los otros que no participan del mismo espíritu y se atreven a recibirlo, *comen y beben su condenación* (cf. 1 Cor 11,29). <sup>14</sup>De donde: *Hijos de los hombres, ¿hasta cuándo seréis de pesado corazón?* (Sal 4,3). <sup>15</sup>¿Por qué no reconocéis la verdad y creéis en el Hijo de Dios? (cf. Jn 9,35). <sup>16</sup>Ved que diariamente se humilla (cf. Fil 2,8), como cuando *desde el trono real (Sab 18,15)* vino al útero de la Virgen; <sup>17</sup>diariamente viene a nosotros él mismo apareciendo humilde; <sup>18</sup>diariamente desciende *del seno del Padre* (cf. Jn 1,18) sobre el altar en las manos del sacerdote. <sup>19</sup>Y como se mostró a los santos apóstoles en carne verdadera, así también ahora se nos muestra a nosotros en el pan

sagrado. <sup>20</sup>Y como ellos, con la mirada de su carne, sólo veían la carne de él, pero, contemplándolo con ojos espirituales, creían que él era Dios, <sup>21</sup> así también nosotros, viendo el pan y el vino con los ojos corporales, veamos y creamos firmemente que es su santísimo cuerpo y sangre vivo y verdadero. <sup>22</sup>Y de este modo siempre está el Señor con sus fieles, como él mismo dice: *Ved que yo estoy con vosotros hasta la consumación del siglo* (cf. Mt 28,20).

### Cap. II: Del mal de la propia voluntad

<sup>1</sup>Dijo el Señor a Adán: *Come de todo árbol, pero del árbol de la ciencia del bien y del mal no comas* (cf. Gén 2,16.17). <sup>2</sup>Podía comer de todo árbol del paraíso, porque, mientras no contravino a la obediencia, no pecó. <sup>3</sup>Come, en efecto, del árbol de la ciencia del bien, aquel que se apropia su voluntad y se enaltece del bien que el Señor dice y obra en él; <sup>4</sup> y así, por la sugestión del diablo y la transgresión del mandamiento, vino a ser la manzana de la ciencia del mal. <sup>5</sup>De donde es necesario que sufra la pena.

### Cap. III: De la perfecta obediencia

<sup>1</sup>Dice el Señor en el Evangelio: *El que no renuncie a todo lo que posee, no puede ser discípulo mío* (Lc 14,33); <sup>2</sup> y: *El que quiera salvar su vida, la perderá* (Lc 9,24). <sup>3</sup>Deja todo lo que posee y pierde su cuerpo el hombre que se ofrece a sí mismo todo entero a la obediencia en manos de su prelado. <sup>4</sup>Y todo lo que hace y dice que él sepa que no es contra la voluntad del prelado, mientras sea bueno lo que hace, es verdadera obediencia. <sup>5</sup>Y si alguna vez el súbdito ve cosas mejores y más útiles para su alma que aquellas que le ordena el prelado, sacrifique voluntariamente sus cosas a Dios, y aplíquese en cambio a cumplir con obras las cosas que son del prelado. <sup>6</sup>Pues ésta es la obediencia caritativa (cf. 1 Pe 1,22), porque satisface a Dios y al prójimo.

<sup>7</sup>Pero si el prelado le ordena algo que sea contra su alma, aunque no le obedezca, sin embargo no lo abandone. <sup>8</sup>Y si a causa de eso sufriera la persecución de algunos, ámelos más por Dios. <sup>9</sup>Pues quien sufre la persecución antes que querer separarse de sus hermanos, verdaderamente permanece en la perfecta obediencia, porque da *su vida* (cf. Jn 15,13) por sus hermanos. <sup>10</sup>Pues hay muchos religiosos que, so pretexto de que ven cosas mejores que las que les ordenan sus prelados, miran atrás (cf. Lc 9,62) y vuelven *al vómito* de la propia voluntad (cf. Prov 26,11; 2 Pe 2,22); <sup>11</sup> éstos son homicidas y, a causa de sus malos ejemplos, hacen que se pierdan muchas almas.

### Cap. IV: Que nadie se apropie la prelación

<sup>1</sup>No he venido a ser servido, sino a servir, dice el Señor (cf. Mt 20,28). <sup>2</sup>Aquellos que han sido constituidos sobre los otros, gloriense de esa prelación tanto, cuanto si hubiesen sido destinados al oficio de lavar los pies a los hermanos. <sup>3</sup>Y cuanto más se turban por la pérdida de la prelación que por la pérdida del oficio de lavar los pies, tanto más acumulan en la *bolsa* para peligro de su alma (cf. Jn 12,6).

#### Cap. V: Que nadie se ensoberbezca, sino que se gloríe en la cruz del Señor

<sup>1</sup>Considera, oh hombre, en cuán grande excelencia te ha puesto el Señor Dios, porque te creó y formó a *imagen* de su amado Hijo según el cuerpo, y a su *semejanza* (cf. Gén 1,26) según el espíritu. <sup>2</sup>Y todas las criaturas que hay bajo el cielo, de por sí, sirven, conocen y obedecen a su Creador mejor que tú. <sup>3</sup>Y aun los demonios no lo crucificaron, sino que tú, con ellos, lo crucificaste y todavía lo crucificas deleitándote en vicios y pecados. <sup>4</sup>¿De qué, por consiguiente, puedes gloriarte? <sup>5</sup>Pues, aunque fueras tan sutil y sabio que tuvieras *toda la ciencia* (cf. 1 Cor 13,2) y supieras interpretar todo *género de lenguas* (cf. 1 Cor 12,28) e investigar sutilmente las cosas celestiales, de ninguna de estas cosas puedes gloriarte; <sup>6</sup>porque un solo demonio supo de las cosas celestiales y ahora sabe de las terrenas más que todos los hombres, aunque hubiera alguno que hubiese recibido del Señor un conocimiento especial de la suma sabiduría. <sup>7</sup>De igual manera, aunque fueras más hermoso y más rico que todos, y aunque también hicieras maravillas, de modo que ahuyentaras a los demonios, todas estas cosas te son contrarias, y nada te pertenece, y no puedes en absoluto gloriarte en ellas; <sup>8</sup>por el contrario, en esto podemos gloriarnos: en nuestras *enfermedades* (cf. 2 Cor 12,5) y en llevar a cuestras a diario la santa cruz de nuestro Señor Jesucristo (cf. Lc 14,27).

#### Cap. VI: De la imitación del Señor

<sup>1</sup>Consideremos todos los hermanos al buen pastor, que por salvar a sus ovejas sufrió la pasión de la cruz. <sup>2</sup>Las ovejas del Señor le siguieron en la tribulación y la persecución, en la vergüenza y el hambre, en la enfermedad y la tentación, y en las demás cosas; y por esto recibieron del Señor la vida sempiterna. <sup>3</sup>De donde es una gran vergüenza para nosotros, siervos de Dios, que los santos hicieron las obras y nosotros, recitándolas, queremos recibir gloria y honor.

#### Cap. VII: Que el buen obrar siga a la ciencia

<sup>1</sup>Dice el Apóstol: *La letra mata, pero el espíritu vivifica* (2 Cor 3,6). <sup>2</sup>Son matados por la letra aquellos que únicamente desean saber las palabras solas, para ser tenidos por más sabios entre los otros y poder adquirir grandes riquezas que dar a consanguíneos y amigos.

<sup>3</sup>Y son matados por la letra aquellos religiosos que no quieren seguir el espíritu de la divina letra, sino que desean más bien saber únicamente las palabras e interpretarlas para los otros. <sup>4</sup>Y son vivificados por el espíritu de la divina letra aquellos que no atribuyen al cuerpo toda la letra que saben y desean saber, sino que, con la palabra y el ejemplo, la devuelven al altísimo Señor Dios, de quien es todo bien.

#### Cap. VIII: Del pecado de envidia, que se ha de evitar

<sup>1</sup>Dice el Apóstol: *Nadie puede decir: Señor Jesús, sino en el Espíritu Santo* (1 Cor 12,3); <sup>2</sup>y: *No hay quien haga el bien, no hay ni siquiera uno* (Rom 3,12). <sup>3</sup>Por consiguiente, todo el que envidia a su hermano por el bien que el Señor dice y hace en él, incurre en el pecado de blasfemia, porque envidia al mismo Altísimo (cf. Mt 20,15), que dice y hace todo bien.

#### Cap. IX: Del amor

<sup>1</sup>Dice el Señor: *Amad a vuestros enemigos, [haced el bien a los que os odian, y orad por los que os persiguen y calumnian]* (Mt 5,44). <sup>2</sup>En efecto, ama de verdad a su enemigo aquel que no se duele de la injuria que le hace, <sup>3</sup>sino que, por amor de Dios, se consume por el pecado del alma de su enemigo. <sup>4</sup>Y muéstrole su amor con obras.

#### Cap. X: Del castigo del cuerpo

<sup>1</sup>Hay muchos que, cuando pecan o reciben una injuria, con frecuencia acusan al enemigo o al prójimo. <sup>2</sup>Pero no es así, porque cada uno tiene en su poder al enemigo, es decir, al cuerpo, por medio del cual peca. <sup>3</sup>Por eso, *bienaventurado aquel siervo* (Mt 24,46) que tiene siempre cautivo a tal enemigo entregado en su poder, y se guarda sabiamente de él; <sup>4</sup>porque, mientras haga esto, ningún otro enemigo, visible o invisible, podrá dañarle.

#### Cap. XI: Que nadie se altere por el pecado de otro

<sup>1</sup>Al siervo de Dios nada debe desagradarle, excepto el pecado. <sup>2</sup>Y de cualquier modo que una persona peque, sí por esto el siervo de Dios se turba y se encoleriza, y no por caridad, atesora para sí una culpa (cf. Rom 2,5). <sup>3</sup>El siervo de Dios que no se encoleriza ni se conturba por cosa alguna, vive rectamente sin propio. <sup>4</sup>Y bienaventurado aquel que no retiene nada para sí, devolviendo *al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios* (Mt 22,21).

#### Cap. XII: De cómo conocer el espíritu del Señor

<sup>1</sup>Así se puede conocer si el siervo de Dios tiene el espíritu del Señor: <sup>2</sup>si, cuando el Señor obra por medio de él algún bien, no por eso su carne se exalta, porque siempre es contraria a todo lo bueno, <sup>3</sup>sino que, más bien, se tiene por más vil ante sus propios ojos y se estima menor que todos los otros hombres.

#### Cap. XIII: De la paciencia

<sup>1</sup>*Bienaventurados los pacíficos, porque serán llamados hijos de Dios (Mt 5,9).* El siervo de Dios no puede conocer cuánta paciencia y humildad tiene en sí, mientras todo le suceda a su satisfacción. <sup>2</sup>Pero cuando venga el tiempo en que aquellos que deberían causarle satisfacción, le hagan lo contrario, cuanta paciencia y humildad tenga entonces, tanta tiene y no más.

#### Cap. XIV: De la pobreza de espíritu

<sup>1</sup>*Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos (Mt 5,3).* <sup>2</sup>Hay muchos que, perseverando en oraciones y oficios, hacen muchas abstinencias y mortificaciones corporales, <sup>3</sup>pero, por una sola palabra que les parezca injuriosa para sus cuerpos o por alguna cosa que se les quite, escandalizados enseguida se perturban. <sup>4</sup>Estos no son pobres de espíritu, porque quien es de verdad pobre de espíritu, se odia a sí mismo y ama a aquellos que lo golpean en la mejilla (cf. Mt 5,39).

#### Cap. XV: De la paz

<sup>1</sup>*Bienaventurados los pacíficos, porque serán llamados hijos de Dios (Mt 5,9).* <sup>2</sup>Son verdaderamente pacíficos aquellos que, con todo lo que padecen en este siglo, por el amor de nuestro Señor Jesucristo, conservan la paz en el alma y en el cuerpo.

#### Cap. XVI: De la limpieza del corazón

<sup>1</sup>*Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios (Mt 5,8).* <sup>2</sup>Son verdaderamente limpios de corazón quienes desprecian las cosas terrenas, buscan las celestiales y no dejan nunca de adorar y ver, con corazón y alma limpios, al Señor Dios vivo y verdadero.

#### Cap. XVII: Del humilde siervo de Dios

<sup>1</sup>*Bienaventurado aquel siervo (Mt 24,46)* que no se exalta más del bien que el Señor dice y obra por medio de él, que del que dice y obra por medio de otro. <sup>2</sup>Peca el hombre que quiere recibir de su prójimo más de lo que él no quiere dar de sí al Señor Dios.

#### Cap. XVIII: De la compasión del prójimo

<sup>1</sup>Bienaventurado el hombre que soporta a su prójimo según su fragilidad en aquello en que querría ser soportado por él, si estuviera en un caso semejante (Gál 6,2; Mt 7,12).

<sup>2</sup>Bienaventurado el siervo que devuelve todos los bienes al Señor Dios, porque quien retiene algo para sí, *esconde en sí el dinero de su Señor Dios* (Mt 25,18), y *lo que creía tener se le quitará* (Lc 8,18).

#### Cap. XIX: Del humilde siervo de Dios

<sup>1</sup>Bienaventurado el siervo que no se tiene por mejor cuando es engrandecido y exaltado por los hombres, que cuando es tenido por vil, simple y despreciado, <sup>2</sup>porque cuanto es el hombre delante de Dios, tanto es y no más. <sup>3</sup>¡Ay de aquel religioso que ha sido puesto en lo alto por los otros, y por su voluntad no quiere descender! <sup>4</sup>Y *bienaventurado aquel siervo* (Mt 24,46) que no es puesto en lo alto por su voluntad, y siempre desea estar bajo los pies de los otros.

#### Cap. XX: Del religioso bueno y del religioso vano

<sup>1</sup>Bienaventurado aquel religioso que no encuentra placer y alegría sino en las santísimas palabras y obras del Señor, <sup>2</sup>y con ellas conduce a los hombres al amor de Dios con gozo y alegría (cf. Sal 50,10). <sup>3</sup>¡Ay de aquel religioso que se deleita en las palabras ociosas y vanas y con ellas conduce a los hombres a la risa!

#### Cap. XXI: Del religioso frívolo y locuaz

<sup>1</sup>Bienaventurado el siervo que, cuando habla, no manifiesta todas sus cosas con miras a la recompensa, y no es ligero para hablar (cf. Prov 29,20), sino que prevé sabiamente lo que debe hablar y responder. <sup>2</sup>¡Ay de aquel religioso que no guarda en su corazón los bienes que el Señor le muestra (cf. Lc 2,19.51) y no los muestra a los otros con obras, sino que, con miras a la recompensa, ansía más bien mostrarlos a los hombres con palabras! <sup>3</sup>Él recibe *su recompensa* (cf. Mt 6,2.16), y los oyentes sacan poco fruto.

#### Cap. XXII: De la corrección

<sup>1</sup>Bienaventurado el siervo que soporta tan pacientemente la advertencia, acusación y reprensión que procede de otro, como si procediera de sí mismo. <sup>2</sup>Bienaventurado el siervo que, reprendido, benignamente asiente, con vergüenza se somete, humildemente confiesa y gozosamente satisface. <sup>3</sup>Bienaventurado el siervo que no es ligero para excusarse, sino que humildemente soporta la vergüenza y la reprensión de un pecado, cuando no incurrió en culpa.

#### Cap. XXIII: De la humildad

<sup>1</sup>Bienaventurado el siervo a quien se encuentra tan humilde entre sus súbditos, como si estuviera entre sus señores. <sup>2</sup>Bienaventurado el siervo que permanece siempre bajo la vara de la corrección. <sup>3</sup>Es siervo fiel y prudente (cf. Mt 24,45) el que, en todas sus ofensas, no tarda en castigarse interiormente por la contrición y exteriormente por la confesión y la satisfacción de obra.

#### Cap. XXIV: Del verdadero amor

Bienaventurado el siervo que ama tanto a su hermano cuando está enfermo, que no puede recompensarle, como cuando está sano, que puede recompensarle.

#### Cap. XXV: De nuevo sobre lo mismo

Bienaventurado el siervo que ama y respeta tanto a su hermano cuando está lejos de él, como cuando está con él, y no dice nada detrás de él, que no pueda decir con caridad delante de él.

#### Cap. XXVI: Que los siervos de Dios honren a los clérigos

<sup>1</sup>Bienaventurado el siervo que tiene fe en los clérigos que viven rectamente según la forma de la Iglesia Romana. <sup>2</sup>Y ¡ay de aquellos que los desprecian!; pues, aunque sean pecadores, nadie, sin embargo, debe juzgarlos, porque solo el Señor en persona se reserva el juzgarlos. <sup>3</sup>Pues cuanto mayor es el ministerio que ellos tienen del santísimo cuerpo y sangre de nuestro Señor Jesucristo, que ellos reciben y ellos solos administran a los demás, <sup>4</sup>tanto más pecado tienen los que pecan contra ellos, que los que pecan contra todos los demás hombres de este mundo.

#### Cap. XXVII: De la virtud que ahuyenta al vicio

<sup>1</sup>Donde hay caridad y sabiduría, allí no hay temor ni ignorancia.

<sup>2</sup>Donde hay paciencia y humildad, allí no hay ira ni perturbación.

<sup>3</sup>Donde hay pobreza con alegría, allí no hay codicia ni avaricia.

<sup>4</sup>Donde hay quietud y meditación, allí no hay preocupación ni vagancia.

<sup>5</sup>Donde está el temor de Dios para custodiar *su atrio* (cf. Lc 11,21), allí el enemigo no puede tener un lugar para entrar.

<sup>6</sup>Donde hay misericordia y discreción, allí no hay superfluidad ni endurecimiento.

#### Cap. XXVIII: Hay que esconder el bien para que no se pierda

<sup>1</sup>Bienaventurado el siervo que atesora *en el cielo* (cf. Mt 6,20) los bienes que el Señor le muestra, y no ansía manifestarlos a los hombres con la mira puesta en la recompensa, <sup>2</sup>porque el Altísimo en persona manifestará sus obras a todos aquellos a quienes le plazca.

<sup>3</sup>Bienaventurado el siervo que guarda *en su corazón* los secretos del Señor (cf. Lc 2,19.51).